

JAVIER MENÉNDEZ FLORES

TODOS NOSOTROS

EL MAL NUNCA DESCANSA
Y PUEDE SORPRENDERNOS EN CUALQUIER LUGAR

 Planeta

Javier Menéndez Flores



Todos nosotros

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Javier Menéndez Flores, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: septiembre de 2020

Depósito legal: B. 12.187-2020

ISBN: 978-84-08-23285-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

CAPÍTULO 1

Fue como si un pájaro gigante surgiera de improviso al otro lado del parabrisas. Un pájaro que en vez de alas tuviera unos brazos larguísimos, y cuyos ojos —desorbitados, terribles— quisieran atravesar a aquellos otros que los enfrentaban desde el interior del vehículo, incapaces de reaccionar aún ante la visión que precedió al tremendo impacto.

El frenazo se produjo, de hecho, uno o dos segundos después del golpe, y el conductor sintió cómo su cuerpo era empujado hacia delante con fuerza y la frente se le clavaba en el volante.

No tardó demasiado en volver en sí, no más de diez segundos, aunque cuando sus párpados se despegaron había perdido la noción del tiempo.

A través del vidrio, que tenía una rotura a un lado que le pareció una gran tela de araña, la calle se veía oscura y desierta. Tragó saliva y se tocó la zona dolorida. Al ver la sangre en sus dedos, soltó una maldición. Abrió la puerta y salió, y casi al instante tuvo que agarrarse al coche, porque se sintió mareado y temió caer.

Caminó con pasos vacilantes hacia la parte delantera y observó los notables desperfectos en el parachoques y el capó. Los latidos de su corazón comenzaron a acelerarse.

Miró alrededor con temor, deseando no encontrarse allí, y entonces lo vio. El cuerpo, a varios metros de donde él estaba.

Por un momento se quedó paralizado, como si ni uno solo de sus músculos le perteneciera. Dudó si avanzar hacia él o acudir de inmediato en busca de ayuda. Pero antes de que pudiera darse cuenta, ya estaba delante del cadáver.

Supo que era cadáver por sus ojos, abiertos y desprovistos

de vida. Unos ojos muy distintos a los que había mirado desde el interior del coche. La melena pelirroja se confundía con el charco de sangre y la piel era tan blanca que brillaba en mitad de la noche, como si despidiera luz.

Se llevó las manos a la cara, con gesto de horror y desesperación, y comenzó a llorar.

Y fue tal su conmoción que en ese momento no le extrañó que la muchacha estuviera completamente desnuda.

CAPÍTULO 2

Desde lejos parecía un simple bulto, un pequeño mueble cubierto con un trozo de tela. De cerca, el bulto se movía. En realidad, más que un movimiento propiamente dicho era un temblor; un latido constante. Debajo de esa tela, una manta raída, se acurrucaba un cuerpo y sólo el dueño de ese cuerpo sabía si lo que motivaba aquel temblor era el frío intenso o el pánico. Lo más seguro era que se tratase de una mezcla de ambos.

En el suelo de cemento, junto a aquel cuerpo oculto que se encontraba en un sótano a oscuras, había un bidón lleno de agua, una bandeja con comida que permanecía intacta y una palangana a modo de retrete.

Pasaron varias horas y la escena no varió nada. El mismo movimiento apenas perceptible, la misma imagen detenida.

Hasta que, de pronto, tímidamente, de la tela comenzó a emerger una cabeza. Cuando asomó del todo, sus ojos trataron de vencer la oscuridad reinante.

Aún le costaba creer que se encontrara allí; aquello no podía ser otra cosa que una pesadilla. Pero el tiempo pasaba y esa maldita pesadilla no tocaba a su fin.

Lo primero que vio, una vez que sus ojos consiguieron adaptarse a la oscuridad, fue la comida, y le sobrevino en el acto una arcada.

Con un mortificante sentimiento de culpa por haber sido tan ingenua —tan *pardilla*, habría dicho su padre—, recordó la violencia de todo cuanto había acontecido al poco de salir del bar: la fuerza con la que fue reducida en el coche, los golpes recibidos, el miedo incapacitante. Recordó cómo, tras un paréntesis en negro, despertó, encogida sobre sí misma, en

aquel lugar, la guarida inefable de un monstruo, y volvió a visualizar el instante en el que se levantó y recorrió el sótano a ciegas mientras gritaba presa de un terror inédito en ella. Se vio chillando, desesperada, en aquel espacio infernal hasta que la voz ya no le salía del cuerpo. Y fue entonces cuando él apareció y lo llenó todo con su presencia.

Su corazón se aceleró al revivir el momento en el que ocurrió. El momento en el que se abalanzó sobre ella y...

Sonó el ruido de un cerrojo al descorrerse, arriba. Después, el de una puerta que chirrió al ser abierta. La potente luz se encendió y la cegó. Oyó los pasos pesados que descendían por unas escaleras metálicas. Clanc, clanc, clanc...

La cabeza se sumergió en la manta. De nuevo, parecía un inofensivo bulto en aquel sótano tan helado como una cámara frigorífica.

Pero ese bulto era una chica que deseó con toda intensidad poder volatilizarse, desaparecer. Una chica que empezó a llorar y a musitar «mamá, mamá, mamá...» mientras los pasos, inapelables, sonaban cada vez más cerca.

CAPÍTULO 3

Los locales de la Brigada Regional de Policía Judicial, en la Puerta del Sol, no eran el lugar más bonito del mundo. Ninguna oficina lo es —si es que aquel recinto policial podía recibir semejante nombre—, pero ese era un sitio especialmente gris y hosco, en absoluto acogedor, con el mobiliario sobrio y funcional propio de las comisarías y unos habitantes que, a fuerza de lidiar con delincuentes de todo pelaje, exudaban mal humor de manera casi constante. Un carácter atrabiliario y cínico que ni siquiera lograban atemperar en los momentos de relativa relajación, cuando intercambiaban comentarios acerca de fútbol o de lo que habían hecho, solos o en compañía de sus familias, en sus días libres.

A Diego, en cambio, le parecía encontrarse en el paraíso. Desde que dos años y medio antes obtuvo el título de inspector y fue destinado allí por la mediación de uno de los instructores de la Escuela Superior de Policía, un comisario, aquellas fieras dependencias, cuyas paredes habían presenciado los abusos físicos y psicológicos de cientos de personas durante los siniestros años del franquismo, eran para él como una segunda casa. Llevar la placa que llevaba y trabajar en ese lugar no era sólo un motivo de orgullo, era algo que había deseado desde niño y no escatimó esfuerzo y sacrificio para conseguirlo. Formó parte de la primera promoción de inspectores del recién creado Cuerpo Superior de Policía y sus brillantes calificaciones auguraron el nacimiento de un excelente profesional. Aquel vaticinio no tardó en cumplirse, ya que en el poco tiempo que llevaba en la brigada ya había ascendido a inspector de segunda y recibido doce menciones oficiales de felicitación por su trabajo.

Su aspecto era impecable, como cada día, algo que le valió el apodo del Pincel entre sus compañeros, por lo general muy poco atentos a su indumentaria. Aquella mañana llevaba, bajo la gabardina beis, un traje oscuro que le sentaba bien a su metro ochenta y una corbata azul trufada de aves que le había regalado Mónica. Cuando saludó a Rosa, una de las secretarías, esta le dijo, la sonrisa franca por delante:

—Hola, guapo.

La voz dulce de la administrativa contrastó con la que sonó a continuación, un bramido de sobra conocido.

—¡Álamo!

Sentado a su mesa, tomada por una cordillera de papeles, el subcomisario José Carranza rugió su apellido mientras le indicaba con el brazo que se acercase. Por más que madrugara, siempre que llegaba a la brigada su superior ya estaba allí. Se preguntó, como tantas otras veces, si acaso dormía en los calabozos.

—Buenos días, jefe.

—Cojonudos, Álamo, cojonudos. —Su humor rebosaba miel, para variar—. Siéntate, anda.

Se sentó frente a él y, como cada vez que lo tenía delante y el otro no le miraba —estaba buscando algo entre el desorden de papeles—, su vista se entretuvo en las marcas de viruela que endurecían su rostro ancho y expresivo, rematado por un pelazo blanco peinado con esmero. La suya era una cabeza imponente, una señora testa.

—Aquí. A ver qué te parece. —Dejó el Ducados en un cenicero metálico y triangular de Cinzano, sacó unas cuantas fotografías de una carpetilla blanca y se las tendió—. La atropellaron hace una semana, de madrugada. Sorpréndeme.

Diego tomó las fotos y las fue pasando una a una con calma. La chica debía de haber sido muy guapa, pero aquellas desoladas imágenes no le hacían justicia. Terminó de verlas todas y tragó saliva antes de decir:

—Está desnuda.

—Bingo.

—¿Y se puede saber qué hacía desnuda en mitad de la calle?

—Eso mismo me he preguntado yo, querido Watson —son-

rió sin que aquello le hiciera la menor gracia y mostró una dentadura poderosa, de mastín—. ¿Y a que no sabes otra cosa?

Miró a su superior desde sus ojos verdes. No terminaba de acostumbrarse al hecho de que cuando hablaba de un fallecido, y más aún si, como en ese caso, se trataba de alguien joven, mostrara semejante retranca.

—El qué, jefe.

—Pues verás. —Le dio un par de caladas al cigarrillo—. La familia de esta preciosidad denunció su desaparición hace casi dos semanas.

Diego renunció a la visión de la impertinente media sonrisa del subcomisario y volvió a concentrarse en una de las fotografías. De tan blanca como era, la piel de aquella chica resultaba luminosa. Su cuerpo parecía un brote de belleza truncada en un reino de oscuridad. Una flor milagrosa que había pagado muy cara su osadía. Y esos ojos. Abiertos hasta el límite; congelados en el instante justo en el que fue arrollada.

Carranza iba a añadir algo, pero levantó de pronto el brazo y bramó:

—¡Guzmán!

El inspector de primera Roberto Guzmán acababa de llegar.

—Buenas, jefe —dijo mientras se llevaba la mano a la sien y componía el consabido saludo militar. Luego golpeó el hombro de Diego antes de dejarse caer en la silla contigua—. Qué pasa, Pincel.

Como siempre, tenía aspecto de haber mantenido una fiera lucha con las sábanas. Aunque aún no había cumplido los treinta y cinco, era imposible echarle menos de cuarenta y tantos.

—¿Puedo? —Señaló la cajetilla de Ducados.

—Joder, Guzmán, ya estamos. Gastas menos en tabaco que mi difunta abuela. Sí, anda, coge uno, no te prives.

—Gracias, jefe.

Sacó un cigarrillo y lo encendió con un ostentoso mechero de oro.

—Acepta un consejo: vende ese cacharro y con lo que te den te compras un estanco.

—No puedo hacer eso, jefe, era de mi viejo. —Le guiñó un ojo a Diego mientras expulsaba el humo y deslizaba el mechero

ro en el interior de su chaqueta—. Además de que si compro no consigo dejar de fumar, que es de lo que se trata.

—No me jodas, Guzmán. Llevas dejando de fumar desde que te conozco y son ya unos añitos. En fin, vamos al lío. Álamo, pásale las fotos a este gorrón.

Se las tendió y el otro las miró sin prisa.

—Está desnuda. —Carranza y Diego cruzaron una mirada afirmativa—. Bonita chica. Qué desperdicio.

—Le estaba diciendo a Álamo que a esa «bonita chica», que se llamaba... —leyó en la cubierta de la carpetilla un nombre escrito con rotulador rojo— Elena Vicuña Blanco, de veinte años, la atropellaron hace una semana...

—¿Y qué coño pintamos nosotros en un caso de atropello?

—Si me dejas terminar, Fittipaldi, lo entenderás. Su familia denunció su desaparición... —echó un rápido vistazo al expediente— diez días antes del atropello.

—Vaya. Sorpresas te da la vida.

—Y tanto que sí. Pero agarraos a la silla porque ahí no termina la cosa. El recién horneado informe forense habla de desgarros en vagina y ano, pérdida de tres piezas dentales y contusiones en distintas partes del cuerpo. Según dicho informe, ni la pérdida de los dientes ni las contusiones fueron producidas por causa del atropello, ojo, sino por golpes recibidos en los días precedentes.

—¿Un secuestro? —preguntó Guzmán, aunque sonó a afirmación.

Carranza subió los hombros y apretó los labios.

—Eso parece. Ahí es donde entráis vosotros. El caso es que la última vez que la vieron fue en un bar de copas en el barrio de Malasaña. Había ido allí con unos amigos. Parece ser que era una chica muy lista, universitaria. Estudiaba Arquitectura. El padre debe de ser alguien importante, puesto que las órdenes vienen de arriba. Me han dicho que le dé máxima prioridad. ¿Alguna pregunta? —Los inspectores cruzaron una mirada rápida, tras lo cual negaron con la cabeza—. Perfecto. No se pongan cómodas, señoritas, que tienen que hacer una visita. —Les tendió unos folios grapados—. Además de la diligencia del levantamiento del cadáver y del informe de la autopsia, ahí tenéis una copia de la declaración que prestó el tipo que

la atropelló, con sus datos personales. No dice nada de interés, pero estoy seguro de que gracias a vuestra diplomacia y poder de persuasión lograréis dar con algún hilo del cual tirar. Y de paso podéis echar un vistazo al lugar del atropello, que está muy cerca de su domicilio, a ver si se os ilumina el magín. Hala, marchando, que es gerundio.

Diego se levantó sin más y se dirigió hacia la salida. Guzmán se inclinó y estrujó lo que quedaba del cigarro en el cenicero del subcomisario mientras decía:

—¿Ha visto, jefe? Ni siquiera me los termino.

Luego se puso en pie, sin evidenciar prisa, y siguió a Diego.

Lo que menos le gustaba hacer a Guzmán, menos aún que llevar a su parienta, como él se refería siempre a Socorro, su mujer, al teatro o al cine, era conducir. Por eso, y amparado en su más alto rango en la escala ejecutiva, les pedía a sus compañeros que lo hiciesen ellos. Diego pilotaba el Seat 131 azul marino de la brigada con alegría, incluso con demasiada alegría, pisándole cuando el semáforo ya iba a cambiar a rojo y zigzagueando entre los otros vehículos como un audaz piloto de Fórmula 1, algo que a Guzmán no parecía importarle, al contrario. Cuanto antes llegasen a su destino, antes abandonaría el maldito coche.

Iban con la radio puesta. Escuchaban a Luis del Olmo en Radio Nacional de España. El boletín informativo interrumpió la voz del locutor. Habían encontrado a la actriz Natalie Wood sin vida en las aguas de la isla de Santa Catalina, en la costa californiana próxima a Los Ángeles, junto a una lancha neumática. Tenía cuarenta y tres años.

—Qué lástima —comentó Guzmán—. Con lo buena que estaba... ¿Te acuerdas de aquella película que hizo con el guaperas de Warren Beatty, no sé qué de la hierba...? Uf. Qué cosa más bonita.

—No te tenía por cinéfilo, Roberto.

Este se limitó a sonreír y trasteó en el dial hasta que una canción captó su interés. Con su fraseo inconfundible, Julio Iglesias le decía a una mujer que no fuera presumiendo por ahí diciendo que no podía estar sin ella.

—Una sola broma, Pincel, y te pego un tiro.

Pero él no dijo esta boca es mía y dejó que el cantante

madrileño, ya una estrella mundial, siguiera entonando sus cuitas.

Cuando enfilaron la calle del General Ricardos, en el distrito de Carabanchel, buscaron la dirección a la que se dirigían. La encontraron al poco. No había sitio, por lo que estacionaron montando el coche sobre la acera, en una esquina, en pleno paso de cebra. Las multas que les llegaban eran tan inocuas como una pistola de juguete.

El cielo se mostraba huérfano de nubes y la mañana era fría, aunque menos de lo que debería por las fechas en las que se encontraban. Aun así, Diego sentía añoranza del verano.

Nada más entrar en el portal, el cartel de «NO FUNCIONA» que colgaba de la deslucida puerta del ascensor hizo brotar un gruñido de la garganta de Guzmán, cuyo estado de forma distaba océanos del de un atleta.

—Su puta madre —maldijo—. Cuatro pisos... —Meneó la cabeza con pesar—. En fin. Vamos allá.

Cuando alcanzaron el rellano de la cuarta planta, tuvo que apoyarse en la pared. Tenía el rostro enrojecido y respiraba pesadamente.

—¿Te encuentras bien?

Necesitó unos segundos para contestar.

—De la hostia. Es más, este es uno de los momentos más felices de mi vida.

Despegó la espalda de la pared y se plantó delante de la puerta. Pulsó el timbre y esperaron. Oyeron unos pasos, al poco. Una voz femenina preguntó:

—¿Sí? ¿Quién es?

—Somos de la policía —dijo Guzmán por toda respuesta.

Después de unos segundos de silencio, oyeron cómo un cerrojo se descorría y la puerta se abrió. Una mujer menuda, en la cincuentena, los miró.

—Buenos días. Somos los inspectores Guzmán y Álamo. Venimos a hablar con el señor Sánchez. Es por lo del accidente. ¿Está en casa?

La mujer observó con un punto de recelo a aquella pareja tan dispar. El hombre con el abrigo loden verde y aspecto destartalado, y el joven alto y guapo con aquella gabardina de gánster.

—Mi marido está en casa, sí, pero está descansando. Se encuentra muy afectado por... aquello. Él ya habló con compañeros de ustedes.

Guzmán asintió.

—Sí, así es, pero el caso ha pasado a nuestro departamento y necesitamos hacerle unas pocas preguntas. Son meras formalidades, no se alarme. —No vio en los ojos de la mujer indicio alguno de colaboración—. Nos hacemos cargo de lo duro que esto debe de estar siendo para ustedes, señora. Pero le aseguro que no entretendremos a su marido más allá de unos minutos. Cuanto antes aclaremos ciertos puntos, antes saldremos de sus vidas, se lo garantizo. Si es usted tan amable de avisarle...

Ella, al fin, suspiró resignada.

—Pasen y esperen un momento aquí, por favor.

Entraron y permanecieron de pie en el minúsculo recibidor. Mientras la mujer se internaba en la vivienda, se observaron un momento en un espejo de marco dorado que se encontraba encima de una barroca cómoda de madera y mármol. Guzmán intentó, sin éxito, mejorar su aspecto: se peinó con la mano el pelo, que ya le empezaba a clarear, y el fino bigote, y se recompuso la ropa, que en él parecía siempre de segunda mano aunque la acabara de estrenar. Diego se dio el visto bueno de un rápido vistazo y enseguida se fijó en la figurita de porcelana de un perro con un ave atrapada en sus fauces y en la fotografía que había al lado, en un pequeño marco de plata: dos jóvenes que se pasaban los brazos por los hombros y sonreían a cámara. Luego, ambos hombres se miraron un segundo. Guzmán chasqueó la lengua y le dijo a su compañero, apenas en un susurro:

—La gente nos ama. A la pasma. No lo olvides nunca.

Diego sonrió por vez primera.

La mujer reapareció y les pidió que la siguieran. Recorrieron un pasillo estrecho en el que todas las puertas estaban cerradas y desembocaron en un salón humilde pero ordenado y limpio. Allí los esperaba el hombre, de pie.

—Buenos días, señor Sánchez —dijo el policía mientras le ofrecía la mano—. Inspector Guzmán. Él —señaló a Diego con un gesto de la cabeza— es el inspector Álamo.

Tras estrecharles la mano sin apenas apretar, les pidió que tomaran asiento en un sofá. Él hizo lo propio en un sillón. Tenía despeinado el poco pelo que le quedaba, y una barba incipiente, y bajo el batín que llevaba puesto se dejaba ver un pijama a rayas. Las ojeras, notorias, que le otorgaban al largo rostro un cariz aún más demacrado, parecían haber sido dibujadas con un grueso lápiz negro.

—Sabemos que está usted muy afectado por lo que pasó y no pretendemos robarle mucho tiempo —le adelantó Guzmán en tono tranquilizador—. Únicamente queremos que nos cuente cómo fue el accidente y preguntarle si ha recordado alguna otra cosa. Algo que se le pasara en su anterior declaración.

El hombre movió la cabeza con gesto de fatiga. Se veía que le costaba hablar. Sus interlocutores tenían ya en las manos libretas y bolígrafos. Despacio, con frases entrecortadas, débiles, les dijo que cuanto podía contarles ya se lo había relatado a los otros agentes con los que habló; que todo sucedió muy deprisa: iba a trabajar y las calles, como siempre que salía de casa, tan temprano, estaban vacías, no se veía un alma, y que aquella chica, que Dios la tuviera en su gloria, apareció allí, frente a él, de improviso, igual que si hubiera caído del cielo, como un fantasma. No pudo reaccionar a tiempo. Sintió el choque y acto seguido perdió la consciencia. Se dio un golpe en la cabeza (se señaló la frente, en la que se apreciaban una costra y una contusión).

Cuando Guzmán le preguntó si le dio la impresión de que estuviera asustada y pareciera huir de alguien, el hombre cerró los ojos y viajó al momento justo en el que ella se materializó al otro lado del parabrisas, en un intento de recuperar los ojos que vio, que miró, que le miraron, las palabras que esos ojos parecían transmitirle, pero lo más que acertó a decir fue que el gesto de aquella chica era de pánico o furia. No recordaba haber visto a nadie alrededor, ninguna persona, ningún coche. Y tampoco supo decirles si llegó por el lado derecho o el izquierdo, pues estaba delante de él cuando la atropelló.

Diego no abrió la boca y dejó que fuese su compañero quien formulase las preguntas, y por un momento tuvo la ex-

traña sensación de haber vivido ya ese momento. Entonces, aprovechando el espacio de silencio tras una respuesta, lanzó:

—¿Y no le extrañó que la chica estuviera desnuda?

El hombre lo miró muy fijo, y él no logró interpretar aquella expresión.

—Pues la verdad es que de eso me di cuenta más tarde, aunque le parezca mentira. Cuando llegaron la ambulancia y la policía, yo estaba medio aturdido aún. Pero cuando poco después aparecieron el juez y el médico forense, lo comentaron, que la muchacha estaba desnuda, y ahí es cuando reparé en ello y me chocó, claro que sí. Quiero decir que cuando la miré por vez primera lo que vi fue un cadáver sobre un charco de sangre... El golpe y la visión del cuerpo me dejaron muy impresionado, ya les digo. Me mareé y vomité... A duras penas lograba mantenerme en pie... —Y comenzó a llorar. Como tantas veces había hecho desde el accidente—. Sólo era una niña... —sollozó—. Tenemos un par de hijos de edades similares, conque figúrense...

Un silencio aplastante e incómodo invadió el salón. La mujer se puso en pie dando por concluida la entrevista. Los policías intercambiaron una mirada cómplice e imitaron a la dueña de la casa.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo Guzmán—. Trate de descansar.

El hombre asintió; sus lágrimas aún eran visibles. Los inspectores caminaron hacia la puerta seguidos de la mujer. Salieron al rellano y Guzmán se volvió:

—Si su marido recordara algo más, lo que sea, le ruego que nos avise enseguida. —Le tendió una tarjeta.

La mujer la cogió, asintió y cerró la puerta.

Ya en la calle, decidieron entrar en un bar. Se sentaron junto a una ventana desde la que se veía esa horrenda calle de barrio obrero. Diego se conformó con un café con leche, mientras que su compañero optó por un café solo y un brandi. Cuando les sirvieron, Guzmán levantó su copa y, antes de darle un trago, recitó el eslogan de aquella bebida:

—Soberano. ¡Es cosa de hombres!

—Salud.

Dejó la copa en la mesa, se levantó y fue hasta la barra. Les

pidió un cigarrillo a dos muchachos que llevaban monos de pintor.

—Bueno —dijo mientras se sentaba de nuevo, se encendía el cigarro y sacaba su libreta—. El tipo no nos ha sido de mucha ayuda, la verdad...

—Hay una cosa... Cuando ha dicho que la cara que vio era... —Diego repasó sus notas— «de pánico o furia»... ¿Qué te parece?

—Pues me parece que una persona que ve cómo un coche se abalanza sobre ella no pone la mejor de sus sonrisas.

—Ya. Aun así..., no sé.

—En fin. Tenemos mucho lío por delante. A ver, pasos a seguir. Hay que ir a la escena del atropello y preguntar a los vecinos y comerciantes si vieron algo, aunque me imagino que las tiendas estarían cerradas a esas horas. —Guzmán iba tomando notas con su letra minúscula y apretada; Diego hacía lo mismo con su letra grande y alabeada—. Hay que hablar con los amigos de la chica que estuvieron con ella la noche de su desaparición. Deberíamos hacerlo de manera informal, quedar con ellos en cafeterías; que no parezca que son sospechosos ni nada por el estilo y así puedan hablar sin sentirse presionados.

Diego asintió y señaló:

—Habría que ir también al bar en el que estuvo y hablar con los camareros.

—Cierto.

Apuntaron los deberes en sus respectivas libretas y después permanecieron un rato en silencio. Fue Diego quien lo rompió:

—Lo de que esa chica estuviera desnuda es, desde luego, inquietante. Completamente desnuda corriendo por la ciudad en plena madrugada. Es claro que escapaba de alguien. ¿Vendría de una casa..., de un coche...?

Guzmán meneó la cabeza.

—Vete tú a saber. Es ahí adonde debemos llegar: a lo que quiera que sea lo que motivó que esa muchacha anduviese en pelota picada por la ciudad. En una carrera tan loca que no fue capaz de ver, estando las calles desiertas, al coche que la mató.

—Quizá prefirió lanzarse a ese coche antes que ser atrapada por su perseguidor o perseguidores.

—Quizá... ¡Hostia puta! —Al ir a beber, un poco de café se le derramó en el pantalón. Le pidió un poco de soda al camarero para limpiarse—. Verás cómo se va a poner la parienta, joder. Me tiene frito, no me pasa una. Y encima le he prometido que esta semana la llevaría al teatro, y sólo de pensarlo me sube la fiebre. Estrenan una obra de Lina Morgan, *Vaya par de gemelas*, imagínate. La madre que me parió un millón de veces. Por eso, enfrascarme en este caso me va a venir de miedo. Lo mismo hasta nos exige horas extra y puedo postergar ese suplicio unos días...

Guzmán y su mujer no habían podido tener hijos y ella lo sometía a un ajetreo constante —cine, teatro, cenas— que el policía cumplía con una resignación no exenta de amargura. Pasaba demasiadas horas tras la pista de asesinos y chorizos, y cuando llegaba a casa lo único que le apetecía era servirse una cerveza bien fría, arrellanarse en su viejo y hospitalario sillón de orejas y devorar novelas policíacas mientras escuchaba, en cintas casete, baladas románticas y boleros.

Diego lo miró y no pudo evitar pensar en la buena suerte que él tenía. A diferencia de su compañero, había quedado en recoger a Mónica para ir a cenar y no cambiaría ese plan por nada del mundo. Desde que se conocieron, dos años atrás, cuando hacía apenas unos meses que se había estrenado como inspector, la intensidad de su relación no había disminuido. Seguía igual de enamorado de esa mujer inteligente y atractiva que el día que la vio por vez primera en la cafetería de la facultad de Derecho, adonde había ido a buscar a un amigo. Nada más verla, con aquel bonito vestido verde, le llamó la atención su mirada desafiante, provocadora incluso, y aunque reparó en el acto en su aspecto de niña bien, lo que *a priori* habría bastado para disuadir de aquella empresa a un chico de barrio como él, hizo algo que no solía hacer: la abordó. Ella actuó con total naturalidad. En vez de sentirse molesta o fingir una mojigatería de la que carecía, se mostró simpática, receptiva y segura de sí, y aunque no dio muestras de sorpresa, se sintió íntimamente halagada. Y cuando él se marchó, lo hizo con una servilleta en el bolsillo en donde ella había anotado, con un bolígrafo verde y en una letra redonda y clara, su nombre y número de teléfono. Al poco, cuando ya se habían

entregado el uno al otro en el pequeño y modesto apartamento que él tenía alquilado, Mónica le confesó que en el instante en que lo vio sintió una turbulencia interior y supo que ese chico tan guapo y con ese aire de luchador, con su inequívoco aspecto de muchacho de origen humilde que trata de prosperar en la vida, iba a estar con ella. Mónica iba a la universidad por las mañanas y todas las tardes acudía al despacho de su padre, un eminente abogado, en donde se familiarizaba con el funcionamiento de la que en breve iba a ser su profesión. Y él trabajaba demasiadas horas en la brigada, un lugar en el que la palabra *horario* no existía. Pero trataban de pasar juntos el mayor tiempo posible y cuidar de lo que sabían que era lo mejor que poseían. Se casarían en cuanto ella terminase la carrera y en sus planes entraba tener hijos. Pero hasta que ese día llegara, pensaban disfrutar de su libertad todo el tiempo que pudieran.

—Bueno, pues ya que estamos, vamos a acercarnos al lugar del atropello. —Guzmán sacó del interior de su chaqueta la declaración que les había dado el subcomisario. Desdobló los folios y buscó la dirección—. A ver si, como dice Carranza, al sitio le da por revelarnos algo.

Cuando los dos policías salieron del bar y se dirigieron al coche, a Diego le asaltó, a traición, igual que un flechazo inesperado, una imagen: los ojos de Elena Vicuña. Aquellos ojos detenidos para siempre en un gesto de espanto o de ira. Unos ojos que habían dejado de ver, de desear, de sentir el mundo. Y recordó su piel tan blanca, rebosante de luz. Como si aquel cuerpo inerte, roto, les estuviera hablando de la única manera de la que era capaz. Como si les estuviera gritando, implorando, que no la olvidasen. Porque su muerte sólo sería definitiva si sepultaban su caso en las profundidades de un archivador preñado de nombres de personas que ya no existían y de las que en unos años, no demasiados, nadie se acordaría.

Y en ese instante, aun sin ser consciente de ello, entre esa chica y él se creó un vínculo que iba a marcar su vida.